

Vórtice de energía: Diego Rivera

Un hombre de variados tonos, caminó entre el comunismo y el capitalismo, jugó con la política y también con las mujeres. Plasmó en los muros la historia y sufrimiento de su país, pero dejó pinturas llenas de esperanza con una visión de un futuro mejor.



Enjambre de ideas, cúmulo de contradicciones, **Diego Rivera** es impulsivo, apasionado, metódico en su trabajo, amante, comunista que se codea con la alta sociedad, gran artista que se vuelca sobre los muros de México. Su estancia en París lo acerca a los movimientos artísticos de la avant-garde, juega con el cubismo de Picasso y regresa a México donde proclama los ideales de la recién librada Revolución sin nunca haber participado en ella.

Plasma en sus murales el alma del indio, el folklor mexicano, los rituales del antiguo pasado prehispánico y lo mezcla con la política de su actualidad, dibuja sitios comunes y reinterpreta la trágica historia de México. En sus obras admiramos el enaltecimiento de la vida en Tenochtitlan, la antigua capital mexicana, el sufrimiento ante las atrocidades coloniales, el retrato de héroes y antihéroes que se pasearon por el país de la tuna; son caras conocidas identificadas en los libros de textos gubernamentales que en sus murales se convierten en un constante listado de personajes. Desde **Hernán Cortés**, fiero conquistador, sifilítico en los ojos del pintor, hasta Santa Ana, traidor de la patria quien vendió a los americanos parte del territorio de la República Mexicana, sus rostros son la evidencia del paso del tiempo, de la vida cíclica de la historia de la humanidad; **son representantes del idealismo, de la esperanza de vivir en la igualdad**, pero al mismo tiempo son rostros del desencanto, son pruebas certeras de un futuro conocido donde no hay escapatoria, y se convierten en la expresión de un artista desilusionado por los ideales leninistas.

Desde las minas de Guanajuato donde nació, donde **la infusión liberal es parte intrínseca de la ciudad**, Diego Rivera emerge como un pintor de la memoria colectiva. De allí el muralista se explaya dentro de un realismo pictórico. José Vasconcelos, liberal secretario de educación de la República Mexicana acercándose a las propuestas comunistas y anarquistas del momento, invita a los artistas a pintar los muros de los edificios públicos; escuelas, secretarías, oficinas gubernamentales se convierten en pizarrones para la enseñanza del pueblo. Con la idea de forjar un futuro mejor, Diego comparte la idea y pinta en San Idelfonso, en la Secretaría de Educación Pública, en Chapingo y más tarde en el Hospital de La Raza. **Así como los vitrales de las iglesias góticas enseñaban a los feligreses la vida católica, los muros de estos recintos educan a los campesinos y obreros acerca de la historia de su país.**

Así como los vitrales de las iglesias góticas enseñaban a los feligreses la vida católica, los muros de estos recintos educan a los campesinos y obreros acerca de la historia de su país.

Diego comparte con sus amantes la energía y la efusión que dedica a su trabajo. Sus pinturas son su única constante, sus amoríos son transitorios. Desde las rusas Angelina Beloff con quien tuvo un hijo que urió a temprana edad, y Marevna quien afirmara que su hija era el producto de este amor – aunque él nunca la reconoció-, hasta el ardiente amor que sintió por Frida Kahlo, sus relaciones divergen entre lo pasional y lo intelectual. Mujeriego, egoísta, violento y buscapiéitos, Rivera colecciona amores que representa en sus pinturas. Guadalupe Marín aparece en el **mural del auditorio Simón Bolívar de San Idelfonso como el símbolo de la fuerza, de la canción y de la mujer**; plasma a la italiana Tina Modotti, talentosa fotógrafa como la imagen viva de la sensualidad y como la metáfora de la fertilidad de la tierra, y a su amiga Dolores Olmedo la pinta con vestido de tehuana. Ama a Frida, mientras conquista a su hermana Cristina. Diego dejó los rostros de sus mujeres congelados dentro en

un listado pictórico. Las ama y las controla, así como controla el pincel. Una a una ellas se convierten en colores mezclados en la paleta del maestro.

Su vida fluctúa entre contradicciones. Del cubismo, al futurismo, y del grupo de Fernand Leger y la Section d'Or al muralismo de corte realista-político. Ferviente adepto del marxismo se convierte en miembro del partido comunista en 1922 y funda junto con el pintor David Alfaro Siqueiros el sindicato de trabajadores, artistas y escultores. Pero el péndulo de sus ideas lo llevarían a adaptarse a las circunstancias en las que vive; unos años después se une a los masones rosacruces y con ellos funda la Gran Logia Quetzalcóatl, obsequiándoles un cuadro con el símbolo de la doble serpiente. Casi diez años después (1931) pinta un mural en el club privado de la bolsa de valores de San Francisco y el multimillonario Sigmund Stern le encarga un cuadro para su casa. **¿Dónde quedaron sus ideales comunistas?** Probablemente hay trazos de ello en su aclamado mural de la escuela de arte de la misma ciudad, donde Rivera se pinta de espaldas sentado en el andamio en el acto mismo de crear un mural. Un cuadro dentro de un cuadro, una imagen dentro de la otra, una trampa al ojo. Sin embargo, los vaivenes no terminan allí. En Detroit conoce a Edsel Ford, quien lo contrata para decorar el patio del nuevo museo de arte en la metrópoli automotriz. El clímax llega cuando proyecta un mural para el edificio de RCA de Rockefeller y planea plasmar la cara de Lenin en el corazón capitalista de Manhattan. De ese programa artístico fallido huye al otro extremo pintando las paredes de la humilde Escuela de Nuevos Trabajadores en la misma ciudad.



Portrait Diego Rivera 1932
Van Vechten Collection
at Library of Congress

Casi diez años después (1931) pinta un mural en el club privado de la bolsa de valores de San Francisco y el multimillonario Sigmund Stern le encarga un cuadro para su casa. ¿Dónde quedaron sus ideales comunistas?

Sus pinturas y su vida causaron en sus momentos reacciones encontradas. Murales que afirman la presencia del cambio social fueron plasmados en edificios que representan los poderes imperialistas: El revolucionario Emiliano Zapata, escuálido junto a su caballo en los muros del Palacio de Cortes, donde vivió el controvertido conquistador español; la imagen del trabajador del futuro en las paredes del Palacio de las Bellas Artes construido en la época del más conocido dictador de México, Porfirio Díaz; Lenin frente a Rockefeller, el millonario estadounidense; y finalmente Rivera proclama que “Dios no existe” en su cuadro de la Alameda a unas cuerdas de la catedral.

En 1939 cuando León Trotsky es exilado de la Unión Soviética, Diego y Frida le dan asilo en la hoy famosa Casa Azul en Coyoacán, hogar de la familia Kahlo. Trotsky regala al pueblo su autoría del manifiesto y junto con Alfaro Siqueiros proclama la integración de la raza mestiza. Al mismo tiempo, André Breton, el escritor y poeta, teórico del surrealismo se une a la tarea de los pintores de México. Mundo de pasiones, de volatilidad, de alianzas temporales, de ideales truncados, de amistades olvidadas en la que divergen comunistas, anarquistas, estalinistas, trotskistas, y otros más. Diego se ve inmiscuido en el intento de asesinato a Trotsky organizado por Siqueiros. Su huida a Estados Unidos no es menos controversial; la esposa de Charles Chaplin, la actriz Paulette Goddard lo ayuda a salir del país y llegar a California, donde es contratado para realizar un mural dentro de la Exposición Internacional del Golden Gate en Treasure Island, San Francisco. Se regocija con la relación que lleva con el presidente Lázaro Cárdenas para después apoyar la candidatura del partido derechista de Juan Almazán.

Viaja a Tehuantepec, se codea con los indígenas y después se pasea por las calles de California y cena con potentados industriales, pinta las chinampas de Xochimilco y la venta de flores, al tiempo que retrata al diseñador de modas Henri Chatillon y a las mujeres de la alta sociedad mexicana como a Elena Flores de Carrillo, Dolores del Río y Natasha Gelman.

Ávido coleccionista de arte prehispánico, contratado por restaurantes de moda como el Ciro y el del hotel del Prado, se reincorpora al partido comunista (1954), viaja a Moscú, mientras que goza de la hospitalidad de sus ricos amigos en Acapulco. Se casa por la iglesia con Lupe Marín y después se declara ateo. Despotrica contra la iglesia en sus murales, pero antes de morir por un cáncer que lo invade ratifica su afiliación a la iglesia católica. Se burla de los banqueros de Wall Street pero pinta para ellos, se proclama en contra de las instituciones religiosas, recalando en la capilla de Chapingo una religión que honra la tierra.

Diego Rivera amaba la vida apasionada, su obra es rica en texturas, leyendas e historias plasmadas entre grisallas que emulan relieves y pinturas de contrastantes colores. Fue un hombre sensacional, es decir que evoca con su obra sensaciones, que en su vida provocó el sensacionalismo, y que hoy en día sigue produciendo una gran emoción sensorial.

Autora:

Batía Cohen

México-Miami. Diseñadora Gráfica. Historiadora del arte. Doctora experta en Estudios Mesoamericanos. Autora de Una amapola entre cactus. Ha escrito artículos en revistas especializadas e impartido cursos de arte prehispánico en Florida International University (FIU). Actualmente es profesora de arte en el instituto para adultos Osher (OLLI) en Miami.